

VIVIR EN EL MUNDO. Espacio y Tiempo.

De los distintos modos de aproximarse y construir el mundo que plantean el pensamiento mítico y científico paralelamente; se desprenden diferentes experiencias de la naturaleza, el espacio, el tiempo, y de la propia humanidad mortal, sexuada y social. A lo largo de la historia el hombre ha adoptado, de modo muy general, dos posiciones antagónicas en el cosmos. Dos comportamientos existenciales. Uno; es el del **ser sagrado** que observamos en las sociedades arcaicas, tradicionales y orientales premodernas. El hecho religioso, es un fenómeno universal, que funda una estructura de lo real, implica una determinada forma de concebir el mundo; y de vivenciarlo. *‘Originariamente, toda la creación cultural (útiles, instituciones, artes, ideologías, etc.) fue una expresión religiosa o tenía una justificación religiosa’* (1997:187,188). En oposición; el **ser profano** que ha sido una adquisición relativamente reciente del espíritu humano: ligada a la acción del pensamiento científico y a los descubrimientos de ciencias tales como la física y la química. Esta nueva experiencia desacralizada del mundo, es típica del hombre de las sociedades modernas occidentales.

Antes de avanzar en ésta diferenciación, es preciso relativizar ésta pareja de contrarios.

En todas las sociedades tradicionales, subsisten áreas de la vida individual y colectiva que no revisten ningún valor sagrado en particular. En otras palabras, que el hombre religioso se sitúe en un cosmos sacralizado, no significa que la totalidad de su realidad se le revele como una experiencia sobrenatural. Por el contrario, dentro de éstos grupos se distinguen claramente los objetos, ocupaciones, sitios y acontecimientos especialmente significativos; de los que no lo son.

Del mismo modo, aún cuando el hombre de hoy habite un mundo sin dioses, despojado de todo carácter y valores religiosos; *‘una existencia profana de semejante índole jamás se encuentra en estado puro’* (ME,1998:22). La persona aún menos creyente conserva lugares ‘santos’ dentro o fuera de sí mismo. Paisajes, recuerdos o fechas, prácticamente sagrados para él. Que se distinguen con claridad del infinito conjunto de los sitios y las cosas. Son como santuarios íntimos, saturados de un significado y de un poder intransmisible. Único, sólo para nosotros. *‘Cualquiera que sea el grado de desacralización del mundo al que haya llegado, el hombre que opta por una vida profana no logra abolir del todo el comportamiento religioso’* (1998:23).

EL HOMBRE PROFANO

Habita un **espacio relativo**, homogéneo y neutro. Para él, no existen rupturas ni fisuras entre las distintas partes de su masa. Puede extenderse, geoméricamente, en cualquier dirección; porque ninguna orientación en particular está dada por su propia estructura. Es posible que reconozca lugares más o menos significativos, sitios entre los que transita con mayor o menor frecuencia y agrado. Pero son estrictamente personales y fluctúan o desaparecen cuando sus intereses, rutinas, o necesidades cotidianas se modifican. Cambia fácilmente de ciudad, de país o de casa según su conveniencia momentánea.

El hombre no religioso, vive enraizado en su **presente histórico**. Y el **tiempo**, fuertemente referido a su propia existencia; tiene un comienzo y un fin irreversible que es la muerte. En medio, su vida; que transcurre en una dimensión del tiempo absolutamente **humana**. Percibe en él cierta heterogeneidad, referida, por ejemplo, a los momentos de descanso, de trabajo o de festejo; pero siempre sabe que se trata de una experiencia que nada tiene que ver con lo sobrenatural y sus misterios.

EL HOMBRE RELIGIOSO

Hay un *homo religiosus* (CFR:1985) que en la multiplicidad de las formas sagradas, busca una misma y primordial relación con lo sobrenatural. Y entra en conocimiento de ello, *'porque se manifiesta'* (ME,1998:14). Algo que no pertenece al mundo natural ni a la dimensión humana de la realidad; se nos revela de pronto. Denominamos a éste acto, en el cual lo sagrado se nos muestra; **hierofanía**. Cualquier elemento del entorno ordinario, cotidiano y profano, puede adquirir un carácter especial, divino; y ser por ello, objeto de veneración. Algo se ha manifestado en él, ajeno a sí mismo y a su propio dominio. Algo extraño que lo excede pero que, al mismo tiempo, él puede contener.

Con el desarrollo de la conciencia mitológica, la santidad o poder trascendental va transfiriéndose de una persona u objeto individual; al espacio, el tiempo y el número: ahora son lugares, épocas y fórmulas milagrosas. Del mismo modo, la alimentación, siembra, caza o recolección, sexualidad, educación y cualquier otra actividad vital para el mantenimiento del individuo o del grupo; puede participar de la realidad trascendental o sobrenatural. Convertirse en un sacramento. En éste caso, la comunión con lo sagrado, estará sujeta a modelos, pautas, restricciones (tabú) y modalidades particulares muy estrictas; de carácter ritual. De forma más amplia, la naturaleza completa puede ser venerada como una de las múltiples manifestaciones de lo divino.

Lo sagrado equivale a la realidad por excelencia; está *'saturado de ser. Potencia sagrada quiere decir, a la vez, realidad, perennidad y eficacia'* (1998:16); pero nada tiene que ver con consideraciones morales o éticas. Se presenta de forma dual y ambivalente. Representa, al mismo tiempo; lo extraño y lo familiar; la fuerza que fascina y aterroriza; la cálida protección y la destrucción más despiadada; el descubrimiento y la ocultación; lo tremendo y lo prohibido. Porque está más allá de cualquier pareja de conceptos, y trasciende la escala de valores humanos.

A partir de la hierofanía, se opera una **ruptura** en la homogeneidad del **espacio**. El sitio exacto donde lo sagrado se ha presentado (significativo y fuerte), se constituye en el punto fijo o **eje central** que orienta y funda el mundo en un mismo acto. Revela una realidad absoluta y es el único espacio que existe **verdaderamente** para el hombre religioso. A su alrededor, hacia los cuatro horizontes, se extiende el **caos** amorfo de lo desconocido; que, todavía no es mundo porque no ha sido debidamente consagrado.

Donde la hierofanía se ha producido, se opera una ruptura de niveles: las dos **regiones cósmicas** (el mundo divino de los cielos y el subsuelo infernal de los muertos); entran en comunicación con la Tierra que habitan los hombres. Señalado por un árbol, pilar, altar, hogar, columna o cúpula; éste eje (**Ombigo de la Tierra** o Punto Inmóvil) indica el centro simbólico del Universo, sobre el cual el mundo gira. Evoca la creación continua. El misterio del fluir constante de la energía que mantiene con vida a toda la creación. Por ésta abertura, *'Dios descende y el hombre asciende'* (JC, 1948:46). Es ubicuo, porque la potencia sagrada puede manifestarse en cualquier parte y en todos los lugares al mismo tiempo.

El patrón de organización espacial, se repite, cualesquiera sean las dimensiones del espacio consagrado; una nueva ciudad, un santuario o una vivienda. Instalarse en un territorio, construir un templo o tienda; equivale a tomar una decisión trascendental tanto para el grupo como para el individuo. Exige reproducir el Universo en escala microscópica; pero con la mayor exactitud posible. Su obra debe imitar la de sus dioses, la **cosmogonía**; hasta en sus mínimos detalles. El espacio, deja de ser exclusivamente geométrico; para volverse existencial y sagrado. Se santifica, se transforma simbólica y ritualmente en una **imago mundi**. De éste modo, la creación del cosmos *'se convierte en el arquetipo de todo gesto humano creador'* (ME,1998:38), sea en el plano biológico, psicológico o espiritual.

Las formas, los espacios y estructuras reproducen **modelos trascendentes**, diseñados por los dioses. Su existencia, va más allá de los materiales; porque es de naturaleza espiritual, celeste,

incorrupible. Podría ser arrasada y destruida aquí en la Tierra; pero el modelo cósmico que reproduce permanecería intacto, alejado de todo daño material.

El **umbral** (ya sea de una habitación sagrada o del santuario); es, a la vez, símbolo y vehículo del tránsito entre el mundo profano y el sagrado. Donde se continúan, limitan y comunican las dos regiones. Por ser sitios poderosamente significativos, en general tienen **guardianes** mitológicos que protegen la entrada. Ellos ciñen el mundo de lo convencional en las cuatro direcciones, de arriba hacia abajo; en los límites de la esfera vital del hombre. Más allá, se extiende el reino de la oscuridad y lo desconocido, plagado de peligros inimaginables. Los custodios, encarnan fuerzas protectoras y destructoras a la vez; de modo que el paso por el umbral siempre es arriesgado. Corresponde al pasaje entre una y otra dimensión de la realidad. El hombre religioso *muere* simbólicamente para el mundo perecedero de las apariencias y *nace* para el mundo eterno al que se introduce. Si alguien profana el recinto y logra burlar a los espíritus; nada cambia. Por más que haya ingresado, ha quedado atrapado. Su alma ciega es incapaz de percibir y comprender el misterioso poder divino que allí se libera.

Para el hombre religioso, el **tiempo** no es continuo, ni homogéneo. Existe por un lado, la duración temporal ordinaria; es decir, un *tiempo profano*, en el que realiza los actos que carecen de trascendencia espiritual. Y, por otro, un *tiempo sagrado* de naturaleza **reversible** y **circular**. Indefinidamente recuperable mediante la realización de **ritos** y **fiestas religiosas** en las que se retorna al tiempo mítico del origen.

El tiempo cósmico del año constituye un círculo cerrado; nace y se consume hasta agotarse. Pero puede ser enteramente renovado a partir de la **recreación** anual de la **cosmogonía**. Esta repetición ritual del acto creador de los dioses, conforma el **calendario sagrado**; es decir, el conjunto de las ceremonias o fiestas religiosas en las que participa la comunidad entera. Los hombres *salen* del tiempo histórico que se *detiene*; y enlazan con el tiempo mítico primordial que pertenece a la eternidad. Simbólicamente, se presencia el **fin del mundo**, la *disolución* del Universo en el estado larvario de la existencia anterior a la creación divina. La Tierra vuelve a ser amenazada por el reino de las tinieblas, los muertos, el caos y lo amorfo. Se otorgan licencias eróticas (orgías) o sociales; para luego, asistir a la *recreación* del mundo. El hombre se vuelve contemporáneo de los dioses en el momento mismo en que ellos *estaban en trance de crear el mundo, de organizarlo o de revelar a los humanos los fundamentos de la civilización* (1998:69). El tiempo retorna intacto, puro y santo como lo era en el principio. No hay sitio en él para los pecados y las faltas; de modo que el pasado queda abolido y los seres pueden recomenzar su existencia, con las fuerzas vitales renovadas.

La cosmogonía es repetida no sólo cada vez que el hombre religioso crea una ciudad, una casa o un santuario. Sino *‘también cuando quiere asegurar un reinado feliz a un nuevo soberano o le es preciso salvar las cosechas comprometidas, o llevar con éxito una guerra, una expedición marítima, etc.* (1998:62). Pero, sobre todo, en las **curaciones** (CFR:1998).

Para el homo religiosus es el tiempo sagrado el que hace posible la duración profana de la existencia; donde la vida humana continúa siempre renovada y a su ritmo.

MITOS Y RITUALES

No existen elementos fuertes (de naturaleza o estructura) para separar los cuentos de hadas, fábulas o historias falsas; de los mitos o historias verdaderas. Por el contrario, se complementan a la hora de relatar los sucesos significativos de cada sociedad. Pertenecen al amplio género de la literatura oral, y si se distinguen por algo; es por una cuestión apenas de grado.

‘Los cuentos, son mitos en miniatura, donde las mismas oposiciones están traspuestas a escalas reducidas’ (LS,1986:127). Estas historias microscópicas son protagonizadas por héroes domésticos, locales o nacionales que realizan hazañas en el ámbito de lo social o moral; pero que, a pesar de haber modificado la realidad; no han cambiado la condición del hombre en cuanto tal. Pueden ser contados en cualquier momento, y el narrador dispone de una libertad relativa; pero suficiente como para actualizar la historia, incorporar personajes secundarios y extenderse en uno u otro suceso.

El **mito**, en cambio; designa una historia verdadera, sagrada, ejemplar y significativa. Sus relatos son macroscópicos; de carácter cosmológico, natural o metafísico y de trascendencia local o universal. Describe las múltiples y sucesivas irrupciones de lo sobrenatural en el mundo, que explican cómo, en el principio mismo de los tiempos; la realidad ha sido creada tal como hoy la conocemos. Ya sea en parte (referido al origen de alguna especie animal, vegetal; del hombre mismo y sus costumbres); o en su conjunto (**cosmogonía**). Cuenta la actividad creadora de personajes ajenos al mundo de lo cotidiano; dioses o héroes mitológicos. Aunque nos hablen de triunfos físicos o históricos; éstos han sido posibles, sólo porque antes, en el terreno de lo psicológico, las fuerzas interiores ya habían vencido. De modo que la travesía que relatan es siempre, en última instancia; la del crecimiento espiritual del hombre que busca su liberación. Solo contra potencias y voluntades entrañablemente íntimas, se encamina una y otra vez, hacia la trascendencia del Ser.

Las licencias del narrador, son acotadas. Deben lidiar permanentemente con cierta coherencia lógica, ortodoxia religiosa y presión colectiva (CFR:1986). El mito, no puede pronunciarse en cualquier momento o lugar, ni ser oído por quien no corresponda. Revestido de absoluta sacralidad, equivale a la revelación de un misterio y a la pronunciación de un encantamiento en el mismo acto. La historia narrada constituye un conocimiento esotérico; dotado de un poder mágico sobre las cosas, que permite dominarlas y manipularlas a voluntad.

En sociedades y épocas completamente diferentes, muchas voces en distintos dialectos, cuentan, sin embargo; una única gran historia. De forma variable y bajo tantos disfraces; el **monomito** permanece constante. Narra las aventuras de personajes dotados de cualidades extraordinarias; que son curiosamente parecidos, a pesar de tener mil nombres. Transitan por los mismos lugares, a pesar de que el paisaje cambie. Este camino común del héroe mitológico (y del iniciado), comprende su separación del mundo, la penetración en alguna fuente de poder, y un regreso a la vida para vivirla con más sentido (transfiguración), (CFR: JC,1997).

Sin embargo, aunque siga ciertos esquemas típicos; no debemos despojar a cada mito de sus particularidades. Aquello que lo distingue de los demás relatos que conocemos, lo propio; nos habla también, y muy especialmente, de la sociedad que lo produjo. Cada pequeña elección, cada giro imprevisto en la secuencia, cada comparación sorprendente y original y, en definitiva, cada variación; guarda como un tesoro toda la riqueza y la belleza de sus formas concretas. Allí, contemplamos todas las historias que pudo ser, y no es. Y en cada palabra dicha, la trama única de significados y asociaciones que despliega.

El mito, nos sumerge en una historia que parece transcurrir, a la vez, *‘en el tiempo’* y *‘fuera del tiempo’* (LS,1986:134), a un lado y otro de las fronteras de la piel, más acá y más allá de nosotros mismos; desatando fuerzas poderosísimas. Las categorías del espacio y tiempo, quedan suspendidas en las metáforas y analogías que nos propone, donde las experiencias internas del alma y de la mente (pensamientos y sentimientos); son expresados como hechos